

CURSO: “EL APRENDIZAJE EN
PREESCOLAR. UN DESAFÍO PARA LA
PRACTICA DOCENTE”

PRODUCTO FINAL: LA NARRATIVA

DOCENTE: MARINA BEATRIZ HU
CASTILLO

CONRUMBO

ASESORA ACADEMICA: MTRA. JHOANA
SELENA VELAZQUEZ CRISOSTOMO

NIVEL EDUCATIVO: PREESCOLAR

INTRODUCCIÓN

El trabajo docente en contextos urbanos de alta demanda presenta una serie de desafíos complejos, donde factores como las dificultades socioeconómicas, la falta de recursos y las necesidades emocionales de los estudiantes influyen directamente en el proceso de enseñanza-aprendizaje. En este tipo de entorno, los maestros deben ser flexibles, creativos y resilientes, buscando siempre maneras de conectar con sus alumnos y ofrecerles experiencias educativas significativas. Esta narrativa relata la experiencia de una docente que, al enfrentarse a las limitaciones del contexto, descubre cómo transformar los desafíos en oportunidades de crecimiento tanto para los niños como para ella misma. En este proceso, la creatividad y el compromiso con la comunidad juegan un papel esencial para construir un espacio de aprendizaje inclusivo y enriquecedor.

Mi experiencia como docente de preescolar en una zona urbana de alta demanda

Cuando me asignaron a una escuela en una zona urbana de alta demanda, donde la mayoría de los estudiantes provienen de familias con dificultades socioeconómicas, sabía que enfrentaríamos desafíos significativos. Al principio, me sentí un poco abrumada por la situación, pero rápidamente comprendí que lo más importante sería encontrar maneras de conectar con los niños y sus familias, a pesar de las dificultades externas que pudieran estar atravesando.

Desde el primer día, me di cuenta de que muchos de los niños llegaban a clase con emociones intensas, como ansiedad, tristeza o incluso rabia, manifestadas de diferentes formas: en algunos, con actitudes de desafío, y en otros, con timidez o aislamiento. Había niños que llegaban tarde o, en algunos casos, no asistían con regularidad, debido a las dificultades económicas de sus familias. Algunos padres, aunque comprometidos con la educación de sus hijos, se mostraban agotados o preocupados por problemas fuera del ámbito escolar.

Uno de los principales desafíos fue la falta de recursos. La escuela no contaba con materiales suficientes ni adecuados para facilitar actividades creativas o de aprendizaje práctico. Las aulas eran pequeñas, y en ocasiones la falta de espacio se convertía en un obstáculo para actividades de grupo o juegos libres que eran esenciales para el desarrollo de los niños. Esto generaba frustración, tanto en los estudiantes como en mí, ya que deseaba ofrecerles experiencias educativas más enriquecedoras.

Para enfrentar estos desafíos, implementé varias estrategias que me permitieron hacer de las limitaciones una oportunidad de aprendizaje. En cuanto al manejo de las emociones, me enfoqué en crear un ambiente seguro y de confianza donde los niños pudieran expresarse sin temor al juicio. Introduje actividades de mindfulness y juegos de relajación que ayudaron a los niños a canalizar su ansiedad y a reconocer sus emociones. Además, trabajé con ellos en técnicas de resolución de conflictos, enseñándoles a expresar sus sentimientos con palabras en lugar de con conductas disruptivas.

En cuanto a la falta de recursos, decidí adaptar las actividades y utilizar materiales reciclados que los niños mismos pudieran recolectar en sus hogares. Las familias se involucraron activamente en este proceso, trayendo objetos reciclables que luego transformábamos en material didáctico: desde juguetes hasta herramientas para crear arte o construir estructuras. Esto no solo ayudó a solucionar la falta de recursos materiales, sino que también fortaleció el vínculo entre la escuela y la comunidad.

Además, me propuse hacer que cada día fuera significativo para los niños, a pesar de las adversidades. Decidí integrar temas que fueran relevantes para ellos, como sus sueños, sus familias y sus comunidades, para que pudieran conectar el aprendizaje con su vida cotidiana. De esta manera, no solo mejoró su participación, sino también su sentido de pertenencia y motivación.

A medida que avanzaba el año, empecé a notar cambios positivos. Los niños se mostraban más involucrados en las actividades, la ansiedad se reducía y sus actitudes hacia la escuela comenzaban a ser más positivas. Las familias también se sintieron más conectadas con el proceso educativo y, poco a poco, fuimos creando una red de apoyo en la que todos contribuían al bienestar de los niños.

Aunque los desafíos siguen siendo parte del día a día, hoy puedo decir que he aprendido a transformar las limitaciones en oportunidades. Lo que más valoro de esta experiencia es que, a pesar de las adversidades, el aula se convirtió en un lugar donde los niños no solo aprenden, sino también se sienten valorados, escuchados y amados. Este es, sin duda, el mayor logro de mi labor docente.